

Estrategias metacognitivas y proyecto de vida como respuesta a la deserción escolar

Brigith Mercedes Chaucanés Jácome¹

Yadira Elizabeth Jiménez Descanse²

Alberto Vianney Trujillo Rodríguez³

Enrique Flores González⁴

Cómo citar este artículo: Chaucanés Jácome, B. M., Jiménez Descanse, Y. E., Trujillo Rodríguez, A. V. y Flores González, E. (2025). Estrategias metacognitivas y proyecto de vida como respuesta a la deserción escolar. *Revista Fedumar*, 12(1), 162-173. <https://doi.org/10.31948/fpe.v12i1.4936>

Fecha de recepción: 28 de julio de 2025

Fecha de evaluación: 21 de agosto de 2025

Fecha de aprobación: 11 de septiembre de 2025

Resumen

El artículo analiza la deserción escolar en Colombia, donde persisten altos índices a pesar de las estrategias implementadas. Se abordan factores externos como pobreza y violencia; internos, relacionados con la escuela y su clima; y personales, como la falta de motivación. Se reflexiona sobre los impactos sociales de este fenómeno y la necesidad de respuestas integrales. Se destaca el proyecto de vida y la metacognición como herramientas para promover la permanencia educativa, fortaleciendo la autonomía del estudiante y su aprendizaje significativo mediante estrategias pedagógicas innovadoras.

Palabras clave: deserción escolar, metacognición, permanencia educativa, proyecto de vida

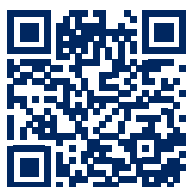
Ensayo de reflexión, producto de la investigación titulada *Estrategias metacognitivas frente a la deserción escolar en la Institución Educativa Municipal Liceo Central de Nariño*.

¹ Licenciada en Educación básica, Universidad de Nariño. Maestrante en Pedagogía, Universidad Mariana. Correo electrónico: brmechaucanes223@umariana.edu.co

² Licenciada en Educación Preescolar, Universidad CESMAG. Maestrante en Pedagogía, Universidad Mariana. Correo electrónico: yaeljimenez223@umariana.edu.co

³ Doctor en Pedagogía. Magíster en Filosofía. Licenciado en Filosofía. Docente investigador, Universidad Mariana. Correo electrónico: avianney18@umariana.edu.co

⁴ Doctor en Economía, Pobreza y Desarrollo, Economista. Docente de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Correo electrónico: efg1984@gmail.com



Introducción

El fenómeno de la deserción no ha sido tarea fácil para muchos países de América Latina, los cuales han diseñado e implementado varias estrategias y programas para evitar la deserción escolar, tales como: la creación de sistemas de alerta temprana, flexibilizaciones curriculares, creación de tutorías, becas, ayudas económicas a las familias, programas de educación sexual, programas alimenticios, entre otros que, en alguna medida han contribuido a reducir los niveles de abandono escolar, pero que aún no han sido suficientes para acabar con esta problemática social ([Comisión Económica para América Latina y el Caribe \[CEPAL\], 2024](#)).

Teniendo en cuenta las estrategias gubernamentales que muchos países han implementado para posibilitar la permanencia y continuidad de la población en el ámbito educativo, es necesario continuar generando estrategias que conlleven reducir cada vez más este fenómeno de la deserción, para poder asegurar la permanencia de los estudiantes en el sector educativo y, con ello, una mejor calidad de vida.

La deserción escolar

La deserción escolar en Colombia se define como el abandono temporal o definitivo del proceso educativo que llevan los estudiantes en una determinada institución. Este abandono no solo trae implicaciones para el estudiante, sino que genera consecuencias al establecimiento educativo, la familia y el Estado. Para analizar con más detalle esta problemática, es necesario tener en cuenta que la deserción se puede presentar de diferentes maneras: según la duración: cuando los estudiantes interrumpen sus estudios por un tiempo y lo retoman después o se desvinculan totalmente del sistema educativo sin esperanza a retomarlos; según el lugar: cuando el estudiante cambia de institución sin abandonar sus estudios y, el último, según el nivel educativo: el cual se presenta en un nivel educativo

determinado de forma consecutiva, al que se debe prestar atención para implementar estrategias que aseguren la permanencia de la población estudiantil ([Ministerio de Educación Nacional \[MEN\], 2022](#)).

Bajo este fundamento, la deserción escolar puede hacerse visible de varias maneras, porque no es una decisión que surge al instante; es una cuestión que debe ser analizada por todos los actores involucrados en la situación, para generar estrategias con prontitud que permitan evitar el abandono de los estudiantes de su proceso educativo y así, poder evitar las consecuencias que esto genera a la sociedad en general.

Es preciso decir que la deserción escolar no es un asunto exclusivo del sistema educativo, sino que está interrelacionado con diferentes factores que pueden ser externos a la institución, como la situación económica, cultural o social, o internos como el ambiente escolar, el rendimiento académico, la disciplina y, personales como el interés, la motivación y metas a corto, mediano y largo plazo, los cuales deben ser atendidos con prontitud, ya que generan consecuencias que involucran a todos. Para esto se debe tener en cuenta el contexto en el que se desarrollan los estudiantes y la aceptación de responsabilidades de cada uno de los actores sociales implicados con la problemática ([Abraham y Lavín, 2017](#)).

Con esto podemos decir que la deserción escolar no se genera a partir de un solo factor, sino de múltiples factores como las dificultades de aprendizaje, falta de motivación, problemas con los docentes o con el método de enseñanza, un ambiente escolar negativo y la falta de oportunidades para el desarrollo extracurricular, además de las posibilidades económicas de cada uno, su contexto social, político y cultural.

La deserción escolar tiene un impacto negativo en la sociedad, ya que reduce el capital humano, limitando las oportunidades de desarrollo personal y profesional de los jóvenes, lo que a su vez puede generar problemas de desempleo, subempleo y

pobreza, aumentando la desigualdad social, pues los estudiantes que desertan son más propensos a vivir en condiciones de pobreza y marginalidad, lo que perpetúa el ciclo de desigualdad social, afectando la competitividad del país con una baja tasa de escolarización, ocasionando dificultades para competir en el mercado global y, generando problemas sociales como el aumento de la delincuencia, la drogadicción y otros de índole social (Moreno, 2013).

Es importante considerar los factores de la deserción para comprenderla en toda su complejidad y diseñar soluciones efectivas para prevenirla y reducir sus consecuencias negativas; de ahí que, se deba mejorar la calidad de la educación, implementando reformas educativas que la hagan más relevante, atractiva y accesible para todos los estudiantes, fomentando la participación de la familia y la comunidad para crear un entorno de apoyo social que favorezca el éxito escolar de los estudiantes, atendiendo las causas estructurales de la pobreza y la desigualdad para reducir las condiciones de vulnerabilidad que pueden llevar a la deserción escolar; con esto podemos decir que la educación es un pilar fundamental para el desarrollo individual y social.

La deserción escolar sigue siendo un problema preocupante, especialmente entre los niños y jóvenes provenientes de hogares de bajos recursos y zonas rurales, pues la pobreza en la infancia tiene un impacto negativo en el desarrollo cognitivo, social y emocional. Las carencias nutricionales, la falta de acceso a servicios básicos de salud y educación, y el entorno familiar desfavorable pueden afectar significativamente el potencial de aprendizaje y las oportunidades de futuro de los niños. La pobreza obliga a muchos niños a abandonar la escuela para trabajar y contribuir al sustento familiar, o para cuidar a sus hermanos menores. Además, la falta de recursos económicos limita el acceso a una educación de calidad y aumenta el riesgo de deserción escolar. Los niños que viven en hogares pobres tienen una mayor probabilidad de abandonar la escuela que

aquellos que provienen de hogares con mejores condiciones socioeconómicas, pues la pobreza limita las oportunidades educativas de los niños y los coloca en una situación de desventaja frente a sus pares de familias más favorecidas (Erika-Caicedo y Yarce-Pinzón, 2021).

De ahí que sea urgente implementar políticas públicas que combatan la pobreza infantil y promuevan el acceso a una educación de calidad para todos los niños y adolescentes, independientemente de su origen socioeconómico. Invertir en la educación temprana y en el apoyo a las familias de bajos recursos es fundamental para romper el ciclo intergeneracional de la pobreza y la deserción escolar.

Factores asociados a la deserción

Si bien es cierto, hay factores que impactan la calidad de la educación, por lo cual es esencial identificarlos y comprenderlos para solucionar los problemas educativos como la deserción escolar y mejorar la experiencia del aprendizaje. Es importante considerar que la deserción es un fenómeno complejo que no puede explicarse por un solo factor. Por lo general, la deserción es el resultado de la interacción de múltiples factores y se requiere investigar para comprender mejor las causas de la deserción escolar y para desarrollar intervenciones efectivas para prevenirla (Gallegos, 2022).

Entre los factores que inciden significativamente en la calidad educativa y que son objeto de esta investigación, destacan aquellos relacionados con las instituciones educativas. La falta de políticas de integración adecuadas puede aumentar el riesgo de deserción, al igual que una orientación vocacional deficiente antes del ingreso. Además, problemas asociados a la metodología de enseñanza, la dificultad para adaptarse a ciertos estilos pedagógicos y la carencia de apoyo académico, a través de tutorías o programas de estudio, pueden obstaculizar el éxito académico y fomentar el abandono escolar.

La infraestructura física también representa un papel crucial. Instituciones con bibliotecas, laboratorios o aulas en mal estado pueden generar un ambiente de aprendizaje desfavorable y afectar la motivación de los estudiantes. Asimismo, un clima institucional negativo, caracterizado por la falta de comunicación o la desorganización, puede generar malestar y contribuir a la deserción.

En este contexto, la motivación del estudiante emerge como un factor fundamental para la permanencia y el éxito académico. La motivación intrínseca, aquella que surge del interés personal y el placer de aprender, es especialmente relevante. Como señalan [Garrido-Miranda y Polanco \(2020\)](#), este tipo de motivación está estrechamente ligada a la satisfacción de necesidades personales y a la consecución de objetivos individuales.

De acuerdo con lo anterior, en el fracaso escolar intervienen varios factores: no solo económicos, sociales y culturales, sino también el estudiante y la escuela, las metodologías utilizadas, la formación del profesorado, la organización del sistema educativo, la implicación del alumnado y de las familias, por lo que una tarea para el docente es colaborar para solucionar el problema del fracaso y abandono escolar. De igual forma, todos los miembros del sistema educativo son responsables del fracaso de los estudiantes, por lo que hay que tomar conciencia de cómo y por qué de ese problema.

De este modo, el fracaso escolar es un problema complejo y multifactorial que no puede atribuirse únicamente al estudiante o a la institución educativa. Más bien, es el resultado de la interacción de diversos factores interrelacionados que abarcan desde las condiciones socioeconómicas y las expectativas familiares, hasta las metodologías de enseñanza y las características individuales de los estudiantes ([Lechuga, 2022](#)).

En este contexto, se puede afirmar que los factores externos a la institución

se refieren a las condiciones sociales, económicas y familiares que pueden afectar el desempeño escolar de los estudiantes. Algunos más comunes incluyen la falta de recursos económicos que pueden limitar el acceso a materiales educativos, transporte, alimentación y otros elementos necesarios para el éxito escolar; la falta de apoyo de los padres o tutores, ya sea por falta de tiempo, interés o conocimiento, que puede afectar negativamente la motivación y el rendimiento académico de los estudiantes; vivir en un entorno inseguro, insalubre o con carencias básicas, que puede generar estrés y dificultades para el estudio; la necesidad de trabajar para contribuir a la economía familiar, que puede obligar a los estudiantes a abandonar la escuela o a faltar a clases con frecuencia.

Por otra parte, los factores internos a la institución se refieren a las características de la escuela, que pueden influir en la decisión de los estudiantes de abandonar sus estudios. Algunos de los más comunes incluyen métodos de enseñanza inadecuados, falta de motivación de los profesores o escasez de recursos educativos que pueden dificultar el aprendizaje y generar desinterés en los estudiantes, un ambiente escolar hostil, con acoso, discriminación o falta de apoyo emocional, que genera sentimientos de aislamiento y frustración en los estudiantes, la falta de programas extracurriculares, actividades deportivas o culturales, o de apoyo para estudiantes con dificultades, que puede limitar las oportunidades de desarrollo y participación de los estudiantes.

Por último, los factores propios del estudiante se refieren a las características individuales de los estudiantes, que pueden influir en su decisión de abandonar la escuela, como la falta de interés por los estudios, la falta de metas claras o la percepción de que la educación no es relevante para su futuro, que pueden llevar a los estudiantes a perder la motivación y abandonar la escuela, los problemas de aprendizaje no diagnosticados o

no atendidos, como dislexia o TDAH, que pueden generar frustración y bajo rendimiento académico, lo que puede llevar a la deserción, los problemas de salud mental, como depresión o ansiedad, o situaciones personales difíciles, como problemas familiares o de relaciones, que pueden afectar el bienestar emocional de los estudiantes y dificultar su desempeño escolar.

Es importante señalar que estos factores no actúan de forma aislada, sino que se entrelazan y se influyen mutuamente. Por lo tanto, abordar el fracaso escolar requiere un enfoque integral que tenga en cuenta todos estos factores y que involucre a diversos actores.

De este modo, también se puede decir que los docentes desempeñan un papel fundamental en la prevención del fracaso escolar. Su labor no se limita únicamente a la transmisión de conocimientos; implica generar un ambiente de aprendizaje positivo y acogedor. Los docentes están llamados a crear un espacio de aprendizaje donde los estudiantes se sientan seguros, valorados y respetados, fomentando el diálogo, la colaboración y el aprendizaje cooperativo. Las estrategias de enseñanza deben ser dinámicas, variadas y adaptadas a sus necesidades e intereses, promoviendo el aprendizaje significativo y la participación activa en el aula. Los docentes deben reconocer y valorar las diferencias individuales de sus alumnos, adaptando sus estrategias de enseñanza y evaluación para atender las necesidades específicas de cada uno.

Es primordial hacer mención sobre la colaboración que debe existir entre la escuela y la familia para el éxito educativo de los estudiantes, a través de una comunicación abierta y constante con las familias sobre el progreso académico de sus hijos y el trabajo conjunto que deben asumir para abordar las dificultades que puedan surgir. Es deber de los docentes mantenerse actualizados en las últimas tendencias educativas y metodológicas

de enseñanza, participando en cursos de formación, talleres y otras actividades de desarrollo profesional (Grupo Banco Mundial, 2016); los maestros deben realizar cualificaciones de alto nivel; no se pueden quedar solo con cursos o talleres.

Con lo anterior, se puede decir que mitigar el fracaso escolar requiere un esfuerzo conjunto que involucra a todos los actores de la sociedad. Es deber del Estado garantizar el acceso a una educación de calidad para todos los niños, niñas y adolescentes, invirtiendo en infraestructura educativa, formación docente y programas de apoyo para estudiantes en situación de vulnerabilidad.

Las instituciones educativas, la familia y la sociedad pueden contribuir en el fortalecimiento del desarrollo personal y escolar de los estudiantes, generando un mayor apoyo y compromiso con el proceso educativo, que despierte el interés, la motivación y el apoyo que necesitan para continuar su proceso educativo de manera exitosa, donde la educación se convierta en una experiencia enriquecedora, gratificante y motivacional que conlleve considerar en su proyecto de vida, la continuidad de sus estudios en la generación de su desarrollo profesional.

Para comprender el fenómeno de la deserción escolar, es fundamental analizar los factores que la originan, tanto aquellos externos a la escuela (exógenos) como los que se gestan en su interior (endógenos):

Los factores exógenos se refieren a las condiciones socioeconómicas, familiares y culturales que influyen en la trayectoria educativa del estudiante. Entre ellos se encuentran la pobreza, la falta de acceso a recursos básicos, el trabajo infantil, la migración, la violencia intrafamiliar y las bajas expectativas educativas del entorno. Estos factores externos pueden generar dificultades para que los estudiantes se mantengan en la escuela y alcancen el éxito académico.

Los factores endógenos se originan dentro del sistema educativo y abarcan aspectos como la calidad de la enseñanza, el clima escolar, la organización institucional y las relaciones interpersonales entre estudiantes y docentes. Algunos de estos que contribuyen a la deserción escolar son la repetición de cursos y la diferencia de edad con respecto a los compañeros, que pueden generar desmotivación, baja autoestima y dificultades de adaptación, llevando al estudiante a abandonar la escuela. El cambio de primaria a secundaria, por ejemplo, implica nuevos desafíos académicos y sociales que pueden resultar difíciles de afrontar para algunos estudiantes, especialmente si no cuentan con el apoyo necesario. Un currículo descontextualizado y que no responda a los intereses de los estudiantes puede generar desinterés y desmotivación, contribuyendo a la deserción; aquellos que no confían en sus capacidades y habilidades para afrontar las exigencias escolares pueden experimentar frustración y desánimo, lo que aumenta el riesgo de abandono y, por último, un ambiente escolar caracterizado por la violencia, el acoso, la discriminación o la falta de apoyo, que puede generar incomodidad, desconfianza y desinterés por asistir a la escuela, llevando a la desvinculación.

Es crucial que las instituciones educativas reconozcan la importancia de los factores endógenos en la deserción escolar y desarrollen estrategias para prevenirla. Un ambiente educativo favorable, que fomente la motivación, la participación, el sentido de pertenencia y la confianza en sí mismos, es fundamental para que todos los estudiantes puedan alcanzar su máximo potencial y completar su trayectoria educativa.

La importancia de la convivencia escolar

En el contexto actual, la convivencia escolar se ha convertido en un tema de gran relevancia para la sociedad y el sistema educativo. Los retos que enfrentan las instituciones educativas en este ámbito son cada vez más complejos y requieren de un

enfoque integral que involucre a toda la comunidad educativa.

La convivencia escolar es un elemento esencial para el desarrollo integral de los estudiantes, ya que permite crear un ambiente seguro, inclusivo y respetuoso, donde puedan aprender, crecer y desarrollarse como personas. Una buena convivencia escolar favorece un clima positivo en el aula, les permite enfocarse en sus aprendizajes, sentirse seguros y motivados para participar activamente en las actividades escolares; contribuye a su bienestar emocional, reduciendo el estrés, la ansiedad y el acoso escolar, promoviendo así un desarrollo socioemocional sano. La interacción positiva entre pares fomenta el desarrollo de habilidades sociales como la comunicación, la empatía, la resolución de conflictos y el trabajo en equipo, básicos para la vida personal y profesional; es una oportunidad para inculcar valores como el respeto, la tolerancia, la responsabilidad y la solidaridad, preparando a los estudiantes para ser ciudadanos activos y comprometidos con la sociedad (Carmona, 2020).

La implementación de estrategias efectivas para fomentar la convivencia escolar requiere de un compromiso conjunto por parte de toda la comunidad educativa. Es fundamental establecer normas claras y consistentes que sean conocidas y comprendidas por todos los miembros de la comunidad educativa, basadas en el respeto mutuo, la responsabilidad y la inclusión.

La comunicación abierta y fluida entre docentes, estudiantes, padres de familia y personal administrativo es primordial para prevenir y resolver conflictos, así como para construir un clima de confianza y colaboración. Es importante involucrar a todos los miembros de la comunidad educativa en la creación de un ambiente positivo y seguro. Esto puede lograrse a través de actividades como el establecimiento de comités de convivencia, la realización de talleres y la implementación de programas de mediación. La educación

en valores representa un papel fundamental en la promoción de una convivencia escolar positiva. Estos programas pueden abordar temas como la empatía, el respeto a la diversidad, la resolución de conflictos y la responsabilidad social. Es fundamental que los docentes reciban formación adecuada para abordar temas relacionados con la convivencia escolar, incluyendo la gestión de conflictos, la mediación y la promoción de valores.

La convivencia escolar enfrenta diversos desafíos en la actualidad; la violencia y el acoso escolar siguen siendo problemas preocupantes en las instituciones educativas, requiriendo estrategias específicas para su prevención y atención. La creciente diversidad cultural en las aulas presenta retos en cuanto a la inclusión y el respeto a las diferencias, lo que exige un enfoque intercultural en la educación. El uso de las tecnologías de la información y la comunicación puede generar nuevos tipos de acoso; de ahí la importancia de estrategias para su prevención y manejo adecuado ([Ministerio de Educación. Gobierno de Chile, 2019](#)).

En conclusión, la convivencia escolar es un pilar fundamental para la educación del siglo XXI; un ambiente positivo y seguro en las escuelas permite a los estudiantes aprender, crecer y desarrollarse como personas íntegras, preparándose para enfrentar los retos de la sociedad actual. La implementación de estrategias efectivas, la participación de toda la comunidad educativa y la atención a los desafíos actuales son claves para construir una convivencia escolar sana y enriquecedora.

El proyecto de vida

Un proyecto de vida es una guía personal que ayuda a definir las metas y aspiraciones a largo plazo, y a crear un plan para alcanzarlas. Se basa en los valores, intereses, habilidades y posibilidades, y permite tomar decisiones coherentes con lo que se quiere ser y hacer en la vida. Tener un proyecto de vida brinda muchos

beneficios; ayuda a saber qué se quiere lograr en la vida y cómo hacerlo; inspira a tomar acción y perseguir sueños; ayuda a concentrarse en lo que realmente importa y a evitar distracciones; permite tomar decisiones más acertadas y alineadas con los objetivos; ayuda a sentirse más realizado y feliz con la vida.

El proyecto de vida, lejos de ser un simple ejercicio académico, representa una herramienta fundamental para el desarrollo personal y la toma de decisiones acertadas en la adolescencia, la cual está marcada por profundos cambios físicos, emocionales y sociales; exige una guía que oriente el camino hacia el futuro. En este contexto, el proyecto de vida se convierte en el camino que permite a los jóvenes enfrentar los desafíos que se presentan, brindándoles la claridad y la motivación necesarias para alcanzar sus metas; no debe ser considerado una simple lista de deseos o aspiraciones, sino una profunda reflexión sobre la identidad personal. A través de este proceso, los adolescentes exploran sus valores, intereses, habilidades y sueños, construyendo una imagen clara de quiénes son y quiénes quieren ser, permitiéndoles reconocer sus fortalezas y debilidades, sentando las bases para una completa autoestima y una confianza en sí mismos que les permitirán afrontar los retos del futuro ([Orejarena y Alvarino, 2021](#)).

Por ello, desde la escuela y la familia se debe trabajar el desarrollo del proyecto de vida de los estudiantes, que les permita tener objetivos claros y un plan estructurado de acciones, generando interés y motivación en el crecimiento personal y profesional, que les lleve a realizar todos los esfuerzos posibles, cuya satisfacción sea lograr sus metas y su desarrollo personal y profesional de manera exitosa, donde su iniciativa, su autocontrol y autorregulación les permitan cumplir sus aspiraciones y mejorar su calidad de vida.

La educación es clave en el proyecto de vida de los jóvenes, ya que brinda herramientas para alcanzar sus metas y el éxito personal

y profesional. Este proceso no ocurre en aislamiento, sino que está influenciado por la familia, la escuela y la sociedad. Analizar estos factores es esencial para que sea viable y motivador, fortaleciendo el compromiso con el aprendizaje y el desarrollo del potencial académico (Pulido y Velasco, 2009).

El proyecto de vida es una herramienta invaluable para los adolescentes en su camino hacia la edad adulta. A través de la reflexión personal, la exploración de valores e intereses, y el análisis del contexto social, los jóvenes pueden construir una brújula que les guíe hacia un futuro próspero y satisfactorio, donde la educación ejecuta un papel crucial en este proceso, proporcionando las herramientas y el conocimiento necesarios para alcanzar las metas establecidas; por ello, el proyecto de vida debe ser considerado como un elemento esencial en la formación integral de los adolescentes, impulsando a convertirse en agentes de cambio positivo en la sociedad.

La metacognición

Para comprender los factores que influyen en la deserción escolar, es esencial llevar a cabo un estudio y análisis exhaustivos de los mismos. Este proceso de investigación permite identificar los factores específicos que inciden en el contexto particular de la institución educativa. Una vez identificados, se podrá diseñar estrategias de prevención y mitigación efectivas, pertinentes y adaptadas a la realidad de la institución. En este sentido, se considera que abordar estrategias metacognitivas puede ser de gran ayuda en esta investigación, ya que la metacognición desempeña un papel fundamental en el aprendizaje y el desarrollo de los estudiantes. Por lo tanto, es necesario conocer qué es la metacognición desde la perspectiva de diferentes actores, para poder abordar de manera efectiva en el contexto de la deserción escolar.

Una de las definiciones de la metacognición hace referencia al conocimiento que

uno tiene sobre los propios procesos y resultados cognitivos, donde existen dos aspectos importantes: el conocimiento sobre la propia actividad cognitiva como las capacidades, habilidades y experiencias en la realización de diversas tareas, y el control sobre la propia actividad cognitiva, como la planificación, seguimiento y evaluación (Flavell, 1985).

Desde esta perspectiva, la metacognición propicia la participación del individuo en su proceso de aprendizaje, convirtiéndolo en un actor responsable y reflexivo de su propio saber, el cual será puesto a una valoración constante que favorezca un aprendizaje significativo, duradero y práctico para el individuo.

Otras definiciones de la metacognición la describen como un proceso complejo que permite al sujeto interiorizar sus conocimientos, analizarlos, interpretarlos, relacionarlos y aplicarlos en un contexto inmediato. Este proceso va más allá de la simple adquisición de información, impulsando la generación de aprendizajes significativos, conscientes, reflexivos, críticos y autodirigidos. La metacognición no solo fortalece los conocimientos previos, sino que los transforma en saberes prácticos para la vida (Marroquín, 2013). De esta manera, los sujetos se convierten en actores principales de su propio conocimiento, adoptando una postura activa, responsable y crítica frente a su saber, lo que facilita la construcción de aprendizajes duraderos y útiles para enfrentar diversas situaciones a lo largo de la vida.

De igual forma, la metacognición es la capacidad del estudiante para reflexionar sus procesos de pensamientos y la forma como aprende, pues le permite ser autónomo y tener una actitud crítica sobre lo que aprende; se trata de que sea consciente del por qué, el cómo y el para qué aprende, a medida que va alcanzando sus objetivos, que pueden ser conductas planificadas que seleccionan y organizan mecanismos cognitivos, afectivos y motores para afrontar situaciones de aprendizaje

de resolución de problemas, globales o específicas, las cuales se encargan de una función primordial en cualquier proceso de aprendizaje, y de facilitar la asimilación de la información que llega del exterior al sistema cognitivo del sujeto (Serna, 2020).

Asimismo, se puede decir que la metacognición implica desarrollar un conocimiento de nivel superior; conocer cómo hacer le permite al estudiante aprender a planificar, gestionar y regular sus propios procesos de aprendizaje y resolución de problemas, para lo cual el docente debe integrar la enseñanza de estrategias cognitivas y metacognitivas, crear un ambiente en el aula que promueva el diálogo, la reflexión, la discusión y el intercambio de puntos de vista razonados, fomentar un clima propicio para la expresión y el intercambio de ideas, guiar al estudiante en el desarrollo del conocimiento metacognitivo y la reflexión antes, durante y después de los procesos de aprendizaje.

Las prácticas docentes que fomentan el aprendizaje autorregulado en los estudiantes deben considerar las tres funciones de la enseñanza propuestas por Soto (2003): formar pensadores flexibles, autónomos y críticos; desarrollar habilidades cognitivas y metacognitivas; e instruir, entendiendo el conocimiento como algo flexible, relevante y argumentado. En este sentido, el quehacer docente debe promover la autonomía, el espíritu analítico, crítico, reflexivo, argumentativo y propositivo en los estudiantes, quienes se convertirán en agentes activos de su propio proceso de aprendizaje. Esto implica que sean capaces de implementar diversas estrategias para desarrollar su aprendizaje de manera satisfactoria y adquirir habilidades que les permitan afrontar su realidad.

En el ámbito educativo, la metacognición es un concepto fundamental para promover un aprendizaje significativo y autónomo en los estudiantes. Esta habilidad, que consiste en la capacidad de reflexionar sobre los propios procesos de pensamiento y aprendizaje, les permite tomar conciencia de cómo, por

qué y para qué aprenden, convirtiéndolos en protagonistas activos de su propio proceso educativo. Podemos decir que los estudiantes metacognitivos son capaces de identificar sus fortalezas y debilidades cognitivas, así como las estrategias que les resultan más efectivas para aprender; esta capacidad implica poder planificar sus actividades de estudio, monitorear su progreso, evaluar su propio desempeño y realizar ajustes en sus estrategias cuando sea necesario.

La metacognición les permite aplicar lo aprendido en diferentes contextos y situaciones, demostrando una comprensión profunda del conocimiento adquirido, ofreciéndoles múltiples beneficios para el aprendizaje, pues los estudiantes metacognitivos son capaces de aprender de forma independiente, sin necesidad de una constante supervisión por parte del docente, comprender en profundidad los conceptos y contenidos que aprenden, estableciendo conexiones entre ellos y con sus experiencias previas; son más flexibles en su forma de pensar y aprender, lo que les permite adaptarse a diferentes situaciones y retos académicos (Flavell, 1987).

Teniendo en cuenta lo anterior, la metacognición se convierte en una estrategia significativa en el proceso de enseñanza-aprendizaje, donde los estudiantes se convierten en seres independientes y autorreguladores, capaces de poner en práctica sus conocimientos, siendo responsables con su propio proceso de aprendizaje, sin necesidad de intermediarios para poder actuar, convirtiendo así su aprendizaje en una decisión personal.

La metacognición es una habilidad fundamental para el aprendizaje continuo, ya que permite a los estudiantes seguir aprendiendo de manera autónoma a lo largo de su vida; así, los docentes pueden implementar diversas estrategias para fomentar la metacognición en ellos, enseñarles diferentes estrategias de aprendizaje, como la elaboración de mapas mentales, resúmenes o esquemas, para que

puedan elegir las que mejor se adapten a sus necesidades, evaluar su propio desempeño y establecer metas de aprendizaje; pueden modelar la metacognición al reflexionar sobre sus propios procesos de pensamiento y aprendizaje en voz alta. Los estudiantes deben sentirse seguros para expresar sus ideas y compartir sus experiencias de aprendizaje sin temor a ser juzgados (Flavell, 1979).

El papel del docente durante este proceso metacognitivo es el de orientador; que pueda propiciar estrategias que le permitan al estudiante desarrollar un aprendizaje significativo y autónomo, donde este sea capaz de elegir la que mejor le parezca, atendiendo sus intereses y capacidades, de suerte que pueda asociar mejor la información, interiorizar y generar la seguridad necesaria en su proceso de enseñanza-aprendizaje.

La metacognición se convierte en una herramienta fundamental en el aula para el desarrollo de un aprendizaje autónomo, significativo y crítico en los estudiantes. Al fomentarla, los docentes pueden empoderarlos para que se conviertan en protagonistas activos de su propio proceso educativo y alcancen su máximo potencial, por lo cual esta implementación ofrece múltiples beneficios, pues los estudiantes desarrollan la capacidad de aprender de manera independiente, sin necesidad de una supervisión constante por parte del docente; promueve una comprensión profunda de los conceptos y contenidos, estableciendo conexiones entre ellos y con las experiencias previas; con esto, los estudiantes se vuelven más adaptables a diferentes situaciones y retos académicos, gracias a su capacidad de ajustar sus estrategias de aprendizaje.

Además, se fomenta la capacidad de seguir aprendiendo de manera autónoma a lo largo de la vida, por lo cual la implementación exitosa de la orientación metacognitiva requiere de un enfoque integral que considere que es fundamental crear un ambiente de aprendizaje que favorezca la

mediación entre el profesor, el alumno y los materiales de estudio. Dado que el docente actúa como guía y facilitador, orientando a los estudiantes en el uso de las estrategias metacognitivas y promoviendo el diálogo reflexivo, es importante elegir estrategias relevantes para el contenido específico que se está aprendiendo y las características de los estudiantes (Flavell, 1976).

En el proceso metacognitivo es fundamental que el docente, las actividades o materiales utilizados y el estudiante se relacionen entre sí, acorde con su proceso cognitivo, su edad y sus intereses, que posibilite al estudiante desarrollar sus habilidades y capacidades en el proceso de aprendizaje, convirtiéndolo en una experiencia significativa y motivacional.

La implementación de la orientación metacognitiva presenta algunos retos como la resistencia a la enseñanza tradicional, ya que las estrategias metacognitivas no responden a métodos rígidos de enseñanza, sino que requieren de un enfoque activo y participativo. La introducción de estas estrategias puede generar, inicialmente, desorientación o resistencia en algunos estudiantes, por lo que es primordial un acompañamiento adecuado por parte de los docentes; requiere que estos reciban formación específica para comprender y aplicar de manera efectiva las estrategias metacognitivas, pues la orientación metacognitiva se convierte en una herramienta fundamental para transformar la educación, empoderando a los estudiantes para que se conviertan en protagonistas activos de su propio aprendizaje. Al fomentar la metacognición en el aula, se abre un camino hacia un aprendizaje más profundo, significativo y autónomo, preparando a los estudiantes para los retos del futuro (Flavell, 1985).

Desde esta perspectiva, la metacognición se convierte en una estrategia innovadora y relevante para el aprendizaje de los estudiantes, ya que se desliga de la enseñanza tradicional donde estos son solo sujetos pasivos, memorísticos y receptores de información, incapaces de guiar su

propio aprendizaje; por el contrario, con la metacognición ellos se involucran en su aprendizaje, generando el interés necesario y convirtiéndose en seres reflexivos, críticos y dialogantes, que propenden hacia la búsqueda de su propio bienestar, que aporte a su crecimiento personal.

Es importante identificar dos componentes principales de la metacognición: el conocimiento sobre los procesos cognitivos (conocimiento declarativo), que se refiere a la comprensión que tiene una persona de cómo funciona su propia mente, incluyendo el conocimiento de sus fortalezas y debilidades, sus estrategias de aprendizaje y la naturaleza de la tarea en cuestión, y la regulación de los procesos cognitivos (conocimiento procedimental), que se refiere a la capacidad de controlar y gestionar el propio pensamiento. Incluye habilidades tales como planificación, seguimiento y evaluación del propio progreso; así, el conocimiento metacognitivo puede ayudar a los estudiantes a comprender, monitorear y evaluar mejor su aprendizaje. También puede ayudarlos a elegir y utilizar estrategias de aprendizaje efectivas (Soto, 2003).

La metacognición se convierte en una experiencia personal para el estudiante, propiciadora de una mejor comprensión de la realidad, donde el estudiante puede elegir las estrategias que sean convenientes para él, según el análisis de sus capacidades y destrezas, que le permitan reflexionar y evaluar constantemente su forma de aprender.

Conclusión

La deserción escolar es un fenómeno complejo y multifactorial que afecta profundamente el desarrollo individual y social, al limitar las oportunidades de crecimiento personal y perpetuar ciclos de pobreza y desigualdad. Su abordaje requiere un enfoque integral que considere factores externos, internos y personales, incorporando la participación del Estado, la familia y las instituciones educativas. En este sentido, estrategias pedagógicas

innovadoras como el desarrollo del proyecto de vida y la implementación de la metacognición resultan esenciales para fortalecer la permanencia escolar. El proyecto de vida brinda a los estudiantes claridad en sus metas y motivación para continuar su formación, mientras que la metacognición fomenta la autonomía, la autorregulación y la reflexión crítica sobre el aprendizaje. Ambos elementos, articulados desde una práctica docente orientadora, contribuyen a transformar la experiencia educativa en un proceso significativo que les permita asumir un rol protagónico en la construcción de su futuro. Así, la educación se consolida como la herramienta fundamental para combatir la deserción escolar y garantizar un desarrollo humano integral.

Referencias

- Abraham, M. y Lavín, S. (2017). La deserción escolar: un desafío pedagógico y social. *Paulo Freire, Revista de Pedagogía Crítica*, (6), 147-168. <https://doi.org/10.25074/07195532.6.485>
- Carmona, M. (2020). Conflictos escolares como factor de riesgo en el rendimiento académico y deserción escolar. *Revista RedCA*, 3(7), 82-100. <https://doi.org/10.36677/redca.v3i7.14703>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2024). Prevención y reducción del abandono escolar en América Latina y el Caribe. <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/b80b4d28-e4df-4c5c-9659-dd78d4d1b527/content>
- Eirra-Caicedo, D. C. y Yarce-Pinzón, E. (2021). Deserción escolar desde la experiencia de los adolescentes de una zona rural. *Revista UNIMAR*, 39(1), 29-44. <https://doi.org/10.31948/Rev.unimar/unimar39-1-art2>
- Flavell, J. H. (1976). Metacognitive aspects of problem solving. In L. B. Resnick (Ed.), *The nature of intelligence* (pp. 231-236). Lawrence Erlbaum.

- Flavell, J. H. (1979). Metacognition and cognitive monitoring: A new area of cognitive-developmental inquiry. *American Psychologist*, 34(10), 906-911. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.34.10.906>
- Flavell, J. H. (1985). *Cognitive development* (2nd ed.). Prentice Hall.
- Flavell, J. H. (1987). Speculations about the nature and development of metacognition. In F. Weinert & R. Kluwe (Eds.), *Metacognition, motivation, and understanding* (pp. 21-29). Lawrence Erlbaum.
- Gallegos, O. A. (2022). Ausentismo, deserción escolar y rezago educativo en secundarias públicas en México durante la pandemia del Covid-19. *Sincronía*, (81), 725-745.
- Garrido-Miranda, J. M. y Polanco, M. N. (2020). La voz de los estudiantes en riesgo de abandono escolar: su visión sobre el profesorado. *Perfiles Educativos*, 42(170), 6-21. <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2020.170.59512>
- Grupo Banco Mundial. (2016). *Informe sobre el desarrollo mundial. Dividendos digitales. Panorama general*. Grupo Banco Mundial.
- Lechuga, E. L. (2022). Pobreza infantil y su efecto en la deserción escolar. *Ensayos, Revista de Economía*, 41(1), 75-100. <https://doi.org/10.29105/ensayos41.1-4>
- Marroquín, M. (2013). *Docentes estratégicos forman estudiantes estratégicos*. Editorial UNIMAR.
- Ministerio de Educación. Gobierno de Chile. (2019). Política Nacional de Convivencia Escolar. <https://convivenciaparaciudadania.mineduc.cl/wp-content/uploads/2019/04/Politica-Nacional-de-Convivencia-Escolar.pdf>
- Ministerio de Educación Nacional (MEN). (2022). Deserción escolar en Colombia: análisis, determinantes y política de acogida, bienestar y permanencia. https://www.mineducacion.gov.co/1780/articles-363488_recurso_34.pdf
- Moreno, D. M. (2013). La deserción escolar: un problema de carácter social. *In Vestigium Ire*, 6(1), 115-124.
- Orejarena, H. y Alvarino, E. (2021). Efectos del proyecto de vida en el autoconcepto, autoestima y orientación universitaria en estudiantes rurales. *Praxis Pedagógica*, 21(31), 81-95. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.praxis.21.31.2021.81-95>
- Pulido, D. y Velasco, L. (2009). Proyecto de vida: una alternativa para la prevención de la deserción escolar. <https://intellectum.unisabana.edu.co/server/api/core/bitstreams/7bdf9f5f-b06a-52b7-e053-7e0910accd73/content>
- Serna, P. A. (2020). Habilidades metacognitivas en estudiantes de bachillerato. *Presencia Universitaria*, 8(15), 30-37. <https://doi.org/10.29105/pu8.15-3>
- Soto, C. A. (2003). *Metacognición. Cambio conceptual y enseñanza de las ciencias*. Cooperativa Editorial Magisterio.